

XXXII Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - marzo de 2020

Perversiones del archivo. El texto puro y nuestra parte de noche

Facundo Ruiz

UBA – CONICET

Hay un cuento de Bolaño que comienza, inolvidable: Tengo una buena y una mala noticia. La buena es que existe la vida (o algo parecido) después de la vida. La mala es que Jean-Claude Villeneuve es necrófilo. Lo inquietante, quizá no inmediatamente, es que entendiendo el chiste no dejamos de escuchar que el problema de los muertos, eso que no los deja –eufemismo mediante– descansar en paz, son los vivos, y no al revés. Que la vida no suelta nada y nada deja librado a su suerte, ni a su muerte; que no termina allí donde creíamos. Pues esa atracción y ese amor tan peculiar pasa de largo o por encima, incluso a través del hecho de que, después de la vida, existe la vida (o algo parecido). Esa sobrevida, entonces, surge como un problema (crítico) de vital importancia, para el muerto y no solo, murmura –desde tiempos remotos– el *memento mori* y sus variantes, como el célebre “et in Arcadia ego” estudiado por Panofsky y Levi-Strauss, entre otros. Esa sobrevida crítica es, hoy, una de las formas del archivo. Como si dijéramos: tengo una buena y una mala noticia. La buena es que existe el archivo (o algo parecido) más allá del documento y la literatura, más allá de las prácticas discursivas y los textos; la mala es que la crítica se encuentra atraída, casi fatalmente enamorada, de esa sobrevida. De donde su práctica, muchas veces, termine optando por la museificación, el esoterismo o la reanimación; si no por alguna conjunción, más o menos venerable, más o menos irreverente.

En este sentido, ¿cómo concebir la cada vez más cercana relación entre vida y sobrevida: entre presente y archivo? ¿Cómo pensar, críticamente, ese vínculo de lo que vive y lo que pervive: entre la sobrevida literaria del archivo y la vida archivable de la

literatura? La pregunta (la mía al menos) es por el presente, el presente de la crítica o, mejor dicho, por el tipo de temporalidad crítica que en presente supone esa sobrevida. No se trataría, tentativamente, de cómo el pasado es presentado o vuelto presente ni, en otro sentido, de cómo hoy es prometido (o capaz de ser conjurado) el futuro. No se trataría, figuradamente, ni del fantasma augurado por Marx y Engels ni del histórico ángel de Benjamin ni de los legendarios y afro-caribeños, hoy multitudinarios, zombies. Todos, y cada uno a su manera, figuras-archivo: concreciones o coagulaciones de una sobrevida que, los vivos, evocamos críticamente. Pienso en cambio, hipotéticamente, si la figura del médium, como Juan Peterson en *Nuestra parte de noche* de Mariana Enríquez, si esa figura-puente entre un arcano incomprensible y voraz y quienes no pueden o no quieren ignorar esa parte de noche no pudiera quizá abrir otros recorridos para pensar esa sobrevida, la del archivo, en presente.

Es cierto que “el presente” es una dimensión arqueológicamente compleja, y el archivo por eso –anticipaba Foucault– era justamente descrito, y podía comenzar a ser, allí donde se configuraba una exterioridad insalvable, el exterior de nuestro propio lenguaje y nuestro propio presente: “a partir de los discursos que acaban de cesar precisamente de ser los nuestros” (2015: 172). Esa exterioridad, ajenidad, esa cesura que hacía posible la historia y no obligaba al anacronismo, de todos modos era –en su espacialidad– *ephoké* y –pese a su genealogía iluminista– *black out*, dos razones para que Foucault prescribiera el presente del archivo como incontorneable y, a su región privilegiada, “la orla del tiempo que rodea a nuestro presente” (2015: 172). Esa orla, precisamente la misma que el personaje de Bolaño malea o pervierte y la que el personaje de Enríquez agencia, esa orla que señalando una sobrevida también subraya el lugar de un placer crítico (fatal o no, siempre posible) pues se halla al alcance del presente, es justamente –exagero: es vitalmente– la que hoy quizá se halle más desdibujada que puesta en cuestión, más consagrada que explorada o, también, más parafraseada que comentada. En este sentido hoy, sugiere Lila Caimari, por razones estrictamente tecnológicas (la digitación de documentos) o por tecnologías disciplinariamente aún poco razonadas (la globalización del archivo), el “desanclaje con respecto al contexto de origen de los documentos” (2017: 82) modifica la experiencia del archivo al disolver “el lazo táctil” que lo une al presente de investigación. En cualquier caso, se vislumbra allí, en esa orla que como una llama atrae críticamente la mariposa, lo que Anne Dufourmantelle llamó el “deseo de archivos” (2019: 45): a un

tiempo “una urgencia de salvaguardar” (44) movida por la insoportable posibilidad de olvido y, en ese legítimo deber con la memoria, una extensión preocupante de toda función de salvaguarda, que no solo evita un vínculo diferente, “silvestre” o “inaudito” (dice Dufourmantelle) con nuestro pasado, sino que convierte el olvido en “una suerte de zona franca sospechosa, a imagen de esos países que albergan bienes provenientes de capitales dudosos.” (45)

De esa atracción, de ese deseo de archivos, de su seducción y exceso y –casi– de su bolañesca perversión, sobreviven –en menor medida– metáforas geológicas y anecdóticas bitácoras que intentan dar cuenta de (en sentido fuerte: contar, relatar) una experiencia de contacto que tiende perderse o no distinguirse de la vida misma de quien dice “haber sido tocado” por el archivo y sus partes de noche. Así el archivo como mar insondable de Arlette Farge y como estrato –literalmente– pre-histórico de Caimari señalan esa orla y sus relatos no dejan, más tarde o más temprano, de presentarla ya a lo Maupassant ya a lo Lovecraft. No obstante, curiosa pero quizá causalmente, esa articulación literaria de presente y archivo no pareciera ser la más habitual ni, críticamente, la más actual sino aquella que –de dicha reunión, de aquella alquimia– hace sobrevenir (y sobrevivir) el archivo con carácter de *evidencia* –antes que de experiencia: una presencia extraordinaria, una voz distinta que prueba una existencia distante, no necesariamente remota; mientras el texto que la sostiene, el texto que expone esa evidencia subsiste, en cambio, con carácter de *trama* (o trampa) –tal cual el *mythos* aristotélico: una organización de contenidos, cierta lógica que garantiza la inteligibilidad, esa uniformidad de lo diverso. Y es en esa relación entre evidencia y trama, entre fuente y foco, entre prueba y mito, que el vínculo entre archivo y presente se vuelve un problema ya no solo críticamente temporal (lo que es anterior o lo que sobrevive) sino literariamente espacial en tanto obliga a distinguir lo que no está separado y, aún sin estar separado, lo que pone en crisis la salvaguarda de su distancia.

Esta superposición espacio-temporal y crítico-literaria a que, actualmente, pareciera dar lugar el archivo en su “encanto de la sobrevivencia” encuentra históricamente en la literatura de América momentos (*epokhé* y *black out*) y articulaciones (escrituras sin estilo, presentes sin escritura) que, al contrario del deseo de archivos y su “urgencia de salvaguarda”, parecieran encantar la vivencia (o el presente) y lograr así una relación –retomo los adjetivos de Dufourmantelle– “silvestre” e “inaudita” con el pasado, como podría leerse en las crónicas de Indias y en la

gauchesca, en la no-ficción y en el realismo mágico, en la poesía de circunstancias y en la épica. De ningún modo estoy oponiendo literatura y archivo pero sí, en todo caso, cuestionando el privilegio crítico que hoy día pareciera ostentar cada uno; sí, de algún modo, interrogando en esa cada vez más solapada relación crítica de presente y archivo, el valor de evidencia de uno y de trama (o trampa) del otro. Como si la crítica hoy no dejara de rumear: tengo una buena y una mala noticia. La buena es que he hallado un documento (o algo parecido) que da lugar al archivo o inaugura esa temporalidad crítica; la mala es que casi necesariamente ese hallazgo tomará la forma de un texto (o algo parecido), tramando o entrapando la evidencia, opacando esa perla o diamante en bruto con su parte de noche.

Quería hablar de todo esto y de su vinculación con el proyecto que, en buena medida, dio origen a estas especulaciones: la obra de Carlos Sigüenza y Góngora, su relación a un tiempo silvestre e inaudita con el pasado mexicano y con nuestro presente literario, su deliberada conexión con la obra de Rodolfo Walsh, también una escritura inaudita o silvestre porque –como la de Lucia Berlin o la de Soussandrade– toman el pulso al presente volviendo intransferible el estilo o, quizá mejor, porque hacen del estilo algo no individual o propio del individuo (opacando toda autoría y cuestionando toda autoridad) sino una cosa plural y variopinta, plebeya y oscura, que nos devuelve –cada vez, en cada lectura– a nuestra parte de noche, esa que –como en la novela de Enríquez y las crónicas de Indias– está hecha fundamental y deliberadamente de olvidos forzados y herencias atroces. Y mientras quería esto, leía absolutamente encantado *Historia de una investigación* de Enriqueta Múniz que –también y con toda intención– deshace estilos y expropia historias, intrinca olvidos y recompone herencias. Y no obstante embelesado, encontraba ahí una vez más el problema, aunque ahora claramente enunciado como el principio del cuento de Bolaño: Tengo una buena y una mala noticia...

A simple vista no podía entender la mala noticia. La edición me resultaba un hallazgo, en todo sentido: no solo el texto de Múniz sino la impresión facsimilar que –justamente– “pone en contacto” al lector con cierta materialidad del archivo insoslayable en la letra y sus tachaduras, en el color del papel, en la cantidad de hojas o la marca del cuaderno. ¿Qué diferenciaba esta edición, por ejemplo, de la de los diarios de Frida Kahlo o de *Líneas paralelas* de Charly García? ¿Por qué, si nada distinguía abiertamente la intención ecdótica de ofrecer “tal cual” esos cuadernos como libro,

críticamente y de todos modos algo distinto ocurría con el libro de Muñiz? ¿Era Walsh lo que ocurría distinto: el vínculo deliberado entre *Historia de una investigación y Operación masacre*, vínculo imposible de olvidar porque ya en la tapa la edición agrega el subtítulo: “*Operación masacre* de Rodolfo Walsh: una revolución de periodismo (y amor)”? Si bien el subtítulo resulta ecdóticamente triste, indudablemente confuso y críticamente discutible, no era ese el problema, aunque allí –como dice Caimari que ocurre con los “agradecimientos”– en ese otro paratexto que es el subtítulo se abría “esa ventana incongruente” (2017: 55), resquicio por dónde asomaba el cimiento de la cuestión. Porque enseguida lo que salta a la vista –desde el subtítulo y hasta el apéndice de fotos, cartas y otros textos– es que *todo* en el libro habla de Walsh, *todo* en el libro Muñiz parece *de o para* Walsh. Y me corrijo, porque en esa duplicación está la diferencia (no la evidencia) y en esa superposición, el problema (no el hallazgo): que todo en el libro hable de Walsh es un problema distinto, casi incomparable, de que todo en el libro de Muñiz parezca de o para Walsh. En el primer caso, se trata de un problema crítico y ecdótico; en el segundo, de un asunto literario e histórico. Es que, además, se trata de “libros” distintos, puntualmente: uno es un libro editado en el siglo XXI, el otro, dos cuadernos, probablemente escritos a fines de los años 50 del siglo XX.

Aunque resulta muy elocuente, no se trata solo de que el libro y sus prólogos (y todas las recepciones periodísticas), olviden flagrantemente los cuadernos de Muñiz, concentrándose en el libro de Walsh o la biografía de la periodista, una vez asistente, y quizá enamorada, del escritor de *Operación masacre*; sino, como decía al inicio, de la relación entre presente y archivo, entre evidencia y trama, entre prueba y mito. De la relación crítica, una vez más, entre archivo y literatura hoy. Porque *Historia de una investigación* (el libro, no los cuadernos de Muñiz) se ofrece, al mismo tiempo, como evidencia y trama, indistinguiendo el texto y el archivo, el hallazgo documental y su exposición crítica. El libro sin duda acerca al lector a los cuadernos pero sin señalar esa diferencia, vale decir, que sin estar separados son distintos (como la orla que rodea el presente, según Foucault): esa diferencia que distingue el libro publicado de los cuadernos hallados, el archivo de Muñiz de su historia de la investigación. No solo la edición pasa por alto notables cuestiones que hacen crítica y ecdóticamente a la edición y composición de los cuadernos y su literatura: ¿por qué faltan páginas en los cuadernos de Muñiz?, ¿faltan 2, como dicen algunos, o más, como suponen otros? ¿Por qué guardó, tras haber quemado tantos de sus cuadernos de notas, éste para de todos modos

no verlo publicado sino póstumamente? ¿Eso mismo, la publicación póstuma y su carácter deliberado, no señalan toda una ingeniería literaria de tiempos, toda una operación crítica sobre el presente (de ella, de Walsh, de la literatura de ambos) y sobre el archivo (de la investigación y la vida literaria entre ambos)?; en fin: no solo quedan estas y otras cuestiones sin resolver sino que el libro, al ofrecer “tal cual” (diamante en bruto) los cuadernos de Muñiz, genera la ilusión de que no hay distancia entre presente (de lectura, de edición) y archivo (los cuadernos hallados). No solo nada en la edición de *Historia de una investigación* habla de la literatura o de la escritura de Muñiz ni hace crítica de esos muy singulares “cuadernos” escritos como un folletín o una novela milimétricamente dividida en dos partes (donde el *dos* es clave de una multiplicación inesperada y definitiva, siempre impar), no solo la edición toma los cuadernos casi exclusivamente como evidencia de otra literatura y otra escritura (de Walsh) y otro libro y otra trama o trampa (*Operación masacre*) sino que, ofreciendo los “cuadernos” (ese archivo) tal cual, pero dejando de lado todo lo que hace a su textura (crítica), ese diamante en bruto brilla –o parece brillar– como el texto puro. ¿Leemos, sin más, el texto de Muñiz? ¿Leemos un texto independientemente de su carácter de libro impreso o manuscrito facsimilar? ¿Existe, para la crítica y la ecdótica, la posibilidad de entrar en contacto en presente con esa sobrevida sin poner en cuestión “la orla del tiempo que rodea a nuestro presente”? ¿Cómo es, en términos de archivo y literatura, la relación entre el texto puro del hallazgo y nuestra crítica parte de noche?

Sin duda, toda edición facsimilar corre el mismo riesgo, pues acaricia en presente la orla que lo rodea, pervirtiendo cierto orden arqueológico, tramando vida y sobrevida con crítico placer; y quizá por eso, pienso, no puede hacerlo sin asumir su parte de noche, sin evidenciar no el diamante sino la trama que le da valor bruto, y su tasa crítica, en la bolsa de valores del presente. El riesgo, tentativamente, crece al solapar en ese contacto dos registros críticos concomitantes, el de la evidencia y el de la trama, como si a cada uno correspondiera una disciplina y un papel separados; aristotélicamente: la historia y la poesía, la prueba y la hipótesis, el dato duro (diamantino) y la voz blanda (maleable). Economía de una realidad textual y política pública de una literatura. La relación “de archivo”, es cierto, parece muchas veces poner en presente la experiencia de una evidencia, hasta agotar su carácter transitorio –experimental– y descubrir la piedra de toque, garantía de sobrevida; mientras la “relación literaria”, en cambio, pareciera muchas veces representar la evidencia de una

experiencia, hasta agotar su carácter transhistórico, poniendo en crisis la garantía de sobrevivencia en la afirmación desigual pero repetida de una vida que está ahí, en la orla del presente, como garantía de diferencia. Pero, sobra decirlo, esta distinción es no sólo cuestión de pareceres sino crítica, de la crítica: no hay economía de realidad textual sin política pública de la literatura, y toda política pública de la literatura diseña o confirma una economía textual. Que son distintas, hoy, está tan en discusión como que se encuentran separadas, y cómo y cuánto. El texto puro y nuestra parte de noche quizá señalen hoy las prioridades o dificultades de un vínculo donde salvaguarda y memoria se tensan o solapan lo inaudito y lo silvestre.-

Bibliografía

Caimari, Lila. *La vida en el archivo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

Dufourmantelle, Anne. *Elogio del riesgo* (trad. Simone Hazan). Buenos Aires, Nocturna editora – Paradiso editores, 2019.

Enriquez, Mariana. *Nuestra parte de noche*. Barcelona, Anagrama, 2019.

Farge, Arlette. *La atracción del archivo* (trad. Anna Montero Bosch). Valencia, Edicions Alfons el Magnànim – IVEI, 1991.

Foucault, Michel. *La arqueología del saber* (trad. Aurelio garzón del camino). Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

Muñiz, Enriqueta. *Historia de una investigación*. Buenos Aires, Planeta, 2019.